



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
revistaelc@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Gómez García, Juan Guillermo
Lectura, lectores y lectoras o el universo del libro en Tomás Carrasquilla
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 23, julio-diciembre, 2008, pp. 171-200
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498357111010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Lectura, lectores y lectoras o el universo del libro en Tomás Carrasquilla

Juan Guillermo Gómez García*
Universidad de Antioquia

Recibido: 27 de agosto de 2008. Aceptado: 03 de septiembre de 2008

Resumen: Este trabajo pretende dar respuesta a la pregunta ¿Qué leyó Tomás Carrasquilla? Se estudian las fuentes de mayor relevancia, a saber, los registros de lectura de la “Biblioteca de EL Tercer Piso” de Santo Domingo, entre 1894 y 1896, la obra de ficción del mismo Carrasquilla y las célebres “Homilías” de 1906. Se hace énfasis en la importancia que tuvo para el autor antioqueño la novelística española contemporánea y se insinúa un cotejo narrativo con la obra de Benito Pérez Galdós.

Descriptores: Carrasquilla, Tomás; Recepción; Lectura; Cotejo narrativo; Fuentes; Biblioteca de El Tercer Piso; Cultura literaria; España finisecular; Pérez Galdós, Benito.

Abstract: This article looks forward to answer the question about Tomás Carrasquilla's reading experience. It approaches sources as important as the reading registers of the “Biblioteca de El Tercer Piso” in Santo Domingo, from 1894 to 1896, Carrasquilla's own fiction and his “Homilias” of 1906. The emphasis is made on the importance the Spanish novel of his time had for him and more particularly the work of Benito Pérez Galdós.

Key words: Carrasquilla, Tomás; Reception; Lecture; Compare narrative; Sources; Biblioteca de El Tercer Piso; Literary culture; Spain end the Century; Pérez Galdós, Benito.

“A pesar de ser los medellinenses tan insociables, la literatura e intelectualidad es lo único que medio funde esta mixtura de elementos que se pelean”.

T. C.

* Doctor en Filosofía de la Universidad de Bielefeld (Alemania), profesor de la Universidad de Antioquia y coordinador de Letras: Filología Hispánica de la Facultad de Comunicaciones de la misma universidad. Catedrático Titular del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, Sede Medellín. Este artículo es el resultado parcial de la investigación “La formación de los escritores colombianos en el siglo XIX: lecturas y recepciones: horizonte de expectativas”.

I.

“El universo (que otros llaman Biblioteca)” (Borges) ha sido, prácticamente descuidado, en el estudio de la obra de Tomás Carrasquilla. ¿Qué leyó Carrasquilla? Es una pregunta, cuya respuesta puede ser más o menos fácilmente atendida. Pero ¿qué significó la traducción de sus lecturas a sus obras y el sentido de la libro en su vida? Es un interrogante tal vez algo comparativamente sugerente. La respuesta a estos interrogantes precisa de una orientación que salta a la vista: basta acercarse a la Biblioteca del Tercer Piso, basta atender a su obra narrativa y basta desentrañar de sus reflexiones críticas y del epistolario las múltiples formas en que se revelan los fragmentos microscópicos de la Biblioteca de Babel carrasquillana.

Carrasquilla fue un lector en un mundo social de lectores, lectores a medias y simuladores de lectura. No cabe duda que Magdalena Samudio de *Grandeza* es uno de los *alter ego* de su pasión, desordenada, por la lectura. No es difícil ver en César de *Frutos de mi tierra* una caricatura de un ejemplar humano que se pasea en los salones sociales y, por extensión, en las aulas universitarias: el representante de la curiosa costumbre –comentada por Lichtenberg en el siglo XVIII– de hablar de libros que no se han leído. No resulta sino inquietante cotejar la advertencia crítica expresa de que Palacio Valdés le ofreció un esquema narrativo oportuno para afrontar su primera novela, como muchos se han sorprendido del interés que le despertó Nietzsche y otros –sin una comparativa atención– no dejan de extrañarles la crítica al modernismo y a la lírica francesa de Baudelaire, Verlaine y Mallarmé.

Pero igualmente no queda duda de la importancia que le atribuyó Carrasquilla a la narrativa española contemporánea y que le sirvió de referente o estándar para evaluar la literatura nativa: “¿Qué en América”, escribe en su conocida “Homilía 2” dirigida a Max Grillo,

[...] hay escritores revolucionarios que se están imponiendo a los castellanos? Según lo que entiendas por imponerse y por revolución. Si ésta es en metros y formas, no será tánta ni muy nueva. Si es en ideas o conceptos artísticos, ya es otra cosa [...] Pero mucho tienen que correr los hispanoamericanos para pisarles la cola a las fieras que han resultado últimamente en la Península. Donde toorean los Trigo y los Blasco Ibáñez; los Valle-Inclán y los Martínez Sierras, no van toreado, de buenas a primeras, el Frascuelo más pintado de aquende el mar. Que no se descuide mucho los insuperables franceses de ahora, porque

dos de estos chapetones les ponen la ceniza en la frente (Carrasquilla, 1952, 1.984).

Carrasquilla se sentía orgulloso de lo que había leído.¹ La llamada Biblioteca del Tercer Piso, de Santo Domingo, era el acceso directo a mundo contemporáneo del libro. La singular institución, creada en 1894, se convirtió en el centro literario de la región y, de alguna manera, se puede decir que ejerció una comparativa importancia al del círculo de Ramón Vinyes, el “sabio catalán”, quien había leído todos los libros del mundo. De semejante manera, la Biblioteca del Tercer Piso contenía todos los libros que el exigente círculo intelectual de provincia deseaba leer. El listado –parcialmente conservado –de la biblioteca, que llegó a tener 3.000 volúmenes, los catálogos de préstamos –también parcialmente conservados–, la correspondencia son, entre otras fuentes, una rica veta por explorar.² El cuidadoso encargo de empastar los tomos, así como la adquisición de mobiliario, estanterías y lámparas, de proveedores norteamericanos, delatan la consideración en que estas élites regionales tenían por su institución lectora.³ La presencia de literatura española, francesa e italiana es preponderante. Se destaca la existencia de los gruesos libros de “La España Moderna” de José Lázaro y Galdeano y causa curiosidad las relaciones comerciales con el destacado librero Fernando Fé.⁴

1 Carrasquilla espeta a los bogotanos, que se reunían en dos centros periodístico-literarios, su escasa cultura novelística. Por ejemplo de Roa asegura: “[...] de literatura rusa no conoce sino algo de Tolstoi; no ha leído ni a Palacio Valdés, ni a Galdós (!); de doña Emilia sólo conoce el “San Francisco, y Daudet “El Nabab”, y este último porque vino hace poco a su librería...”), pág. 2.077

2 En el listado hay presencia de literatura rusa, francesa, italiana y, particularmente, española. Las tres P de esta literatura están abundantemente representados, vale decir, Pardo Bazán, Pérez Galdós y Pereda.

3 Cabe cotejar este empeño, con los propósitos que, en 1883, llevaba a cabo Domingo F. Sarmiento por cimentar las Bibliotecas populares. Nos dice que años atrás en París (2.000.000 de habitantes) se hicieron circular 242.738, en año pasado 363.322, mientras que en Buenos Aires 20.214, con 1.392 socios. Sarmiento, D. F. 1945, *Cuatro conferencias*, Buenos Aires: Editorial Jackson.

4 Reposa en la Biblioteca de Santo Domingo la siguiente carta de este librero:
“Madrid 24 de Julio de 1897

Sr. Dn.

Ricardo Olano

Biblioteca de “El Tercer Piso”

Santodomingo (Na. Colombia)

Muy Sr. mio: Obra en mi poder su atenta 29 de Mayo último, y por la misma tengo el gusto de remitir a V. por este correo y certificado, un paquete que contiene su pedido de mis catálogos.

Esta existencia y esta relación, entre otras, destacadas, revelan un interés acertado. Estar en este enrascado pueblo antioqueño, en realidad, era como estar casi en Madrid, en materia de libresca. “Es José Lázaro”, nos informa Rubén Darío en “La España Contemporánea”, “acredor al elogio por su amor á las letras y artes; ha sostenido y sostiene la revista de más fuerza que hoy tiene España entre los grandes periódicos” (1899, 78). “La España Contemporánea” había sido estimulada por la novelista gallega Pardo Bazán, una de las queridas del anticuario millonario, y en ella aparecieron, entre otras obras, los cinco ensayos sobre el casticismo del joven Unamuno y *Torquemada en la hoguera*, la primera de las cuatro noveleas sobre el usurero y arribista –a palos– Francisco Torquemada (Muñón de Lara, 1986, 139).

Por el mismo poeta nicaragüense sabemos: “En casa de Fe, al caer la tarde, podéis encontrar a Manuel del Palacio, a Núñez de Arce..., á otras figuras, grandes, medianas y chicas del pensamiento español”. De esta manera, el más destacado editor de libros antiguos, curiosos y modernos y uno de dos libreros madrileños –el otro era Murillo, donde iba Menéndez Pelayo– extendían sus lazos, insólitamente, al corazón de la vida intelectual antioqueña. Recordar que en la misma tertulia del librero y comerciante de libros Fe se conocieron, en 1898, el imponente Manuel González Prada con Pi y Margall es recordar que por allí circulaba la más selecta y la más activa inteligencia de los dos mundos de la lengua española.

El “Índice de la Biblioteca de El Tercer Piso”, publicado en Octubre de 1895, (Imprenta de El Espectador), arroja una cifra de cerca de 520 registros bibliográficos.⁵ Salta a la vista, ante todo, la presencia de autores españoles, particularmente contemporáneos. Entre ellos, tenemos a Alarcón (13), Alas (6), Bécquer (1), Blasco (8), Fernán Caballero (8), Campoamor (5), Coloma (5), Donoso Cortés (5), Espronceda (1), Hermosilla (2), Larra (4), Menéndez Pelayo (1), Núñez de Arce (1), Ortega Munilla (7), Palacio Valdés (8), Pardo Bazán (24), Pereda (16), Pérez Galdós (27), Peza (3),

En el general, hallará las condiciones del servicio para América, llamándole la atención sobre la condición Gral. Del mismo, al formular sus pedidos.

Confiado en que le agradarán mis bases, espero sus pedidos que de seguro á su recibo quedará satisfecho.

De V. atte. SS. y firma”.

⁵ Queremos agradecer a la Alcaldía de Santo Domingo y a la bibliotecaria de El Tercer Piso, doña Olga Cecilia Vergara, la solicitud y generosidad con que nos han suministrado estos valiosos documentos para su consulta.

Selgas (12), Valbuena (4), Valera (14) y Zorrila (3), además de la presencia de cuatro tomos de “La España Contemporánea”. Este listado de los poetas más popularizados de la Península, como Zorrilla, Campoamor, Bécquer, pero sobre todo de los novelistas contemporáneos españoles, más destacados, como Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Pereda, Pardo Bazán y Leopoldo Alas (Clarín), es suficientemente representativo de los gustos y las inclinaciones de lectura del círculo patricio de provincia. Igualmente, es una guía de las lecturas de Carrasquilla por los años de la redacción de *Frutos de mi tierra*.

Más importante para el universo lector de Carrasquilla, son los registros de lectura que se conservan de estos años, en que aparece el nombre de “Tomás Carrasquilla”.⁶ Para 1894, tenemos unas cuarenta entradas de libros prestados, entre junio y noviembre. ¿Qué leía? Entre otras obras: *Italia* de Amici, *Historias extraordinarias* de Edgar Allan Poe, *Nido de hidalgos*, *Aguas primaverales*, *El Rey Lear de la estepa*, *Demetrio Rudin* y *El judío* de Tourgueneff, *El amigo Manso*, *Torquemada en la hoguera*, además de toda la primera serie de *Los Episodios Nacionales* de Galdós, *Escenas Montañesa* y *Gonzalo González de la Gonzalera* de Pereda,⁷ *Mi confesión* de Tolstoi, *La Evangelista*, *Treinta años de París*, *Fantasías*, *El Académico*, *Port Tarascón* y *Cartas de mi molino* de Daudet, *Francisco de Bretaña* de Febal, *Sermón Perdido*, *El señor y lo demás son cuentos* y *Ensayos y revistas* de Alas, *Doña Milagros* y *La cuestión palpitante* de Bazán, *Aguas fuertes* y *Riverita* de Palacio Valdés, *La farisea* de Fernán Caballero, alguna obra de Walter Scott y el primer tomo de “La España Moderna”.

Para el año siguiente, 1895, continúa lecturas de Tolstoi como *Los cosacos*, *Sebastopol*, *En el Cáucaso* y *Mi confesión* (nuevamente), o de Palacio Valdés José; lee además de Ortega Munilla *Prueba de imprenta*, *Don Juan Solo* y *Sor Lucila* (este novelista y periodista, fue fundador y

6 En el folleto “Biblioteca El Tercer Piso Centenario”, Santo Domingo, 1993, Jorge Albero Naranjo llamó, someramente, la atención sobre el universo lector de Carrasquilla. Los datos siguientes son tomados de los registros existentes en la Biblioteca El Tercer Piso de Santo Domingo. Cabría un análisis más detallado de la significación de este listado, para futuras investigaciones. Asimismo, cabría utilizar los registros para ver el comportamiento lector de esta sociedad finisecular.

7 Recordemos que en sus cartas bogotanas de 1896 Carrasquilla niega conocer a Pereda, con fastidio. Era, como se puede inferir por este registro, una manera de rechazar una sobre-identificación con el carlista autor de *Escenas montañesas*.

propietario de “El Imparcial”, y padre del filósofo José Ortega y Gasset), al *Juan Tenorio* de Zorrilla y la traducción de *Dafnis y Cloe* de Valera, a Castro y Serrano *El capitán Cook*, a Pardo Bazán *Por Francia y por Alemania*, nuevamente presto de Daudet *La Evangelista y La poquita cosa*; continua con lecturas de Galdós *La sombra*, de Bobadilla *Reflejos de Fray Candil*, de Richebourg *El millón del tío Raclot*, de Allincourt *Doble reinado*, de Cherbuliez *El Conde Kostia*, y de la única obra de Zola en la Biblioteca *La deblacle*, que relata la caída del Segundo Imperio de Napoleón III.

Para el año siguiente, 1896, no varían mucho ni la intensidad ni el interés manifiesto por novelistas contemporáneos, todos leídos en español: el cuarto tomo de las *Obras* de Hartzenbusch (es el dramaturgo español, de origen alemán, de *Los amantes de Teruel*), *La capilla del perdón* de Daudet, *Nazarín* de Galdós, *Cosmópolis* de Bourget, *Nila* de Maupauissant, *Viajes por España* de Alarcón, , los tres volúmenes de *La guerra y la paz* de Tolstoi, *Los majos de Cádiz* de Palacio Valdés, *Salambó* de Flaubert, *Memorias de un solterón* de Pardo Bazán, *Estudios literarios* de Zola, *Shakespeare* de Víctor Hugo, *Días sombríos* de Conway, además de *La Divina Comedia* de Dante o *Werther* de Goethe.

Las Actas de la Sociedad revelan, ya el 30 de octubre de 1893, la presencia activa de Tomás Carrasquilla, entre doce socios más.⁸ En ellos se destacan Claudino Arango Francisco de Paula Rendón o Ricardo Olano. Una breve ojeada de sus primeros meses de existencia nos muestra la forma en qué se va consolidando la novedosa empresa cultural. El interés principal era la compra de libros, para lo cual se nombró tesorero a Rendón, a quien, entre otras actividades, se le “facultó de hacer tales compras en España.” Se dispone un anticipo de cuotas a los socios por un año. Veinte días después informa el tesorero haber invertido \$212 en libros. Carrasquilla propuso el alquiler de las obras y otro socio añadió la suma de cinco centavos por día. En esa misma sesión se entra a definir el nombre de la sociedad y se pusieron a consideración cuatro posibles. En el escrutinio empataron con seis votos “El Tercer Piso” sugerido por Carrasquilla y “El seis de octubre” sugerido por Claudino Arango, y son desechados los –perdedores– de “La Biblioteca de los amigos” y “La sociedad del sentimiento”. Echado a suerte el nombre, se impuso el del autor de “Simón el mago”.

⁸ La copia de estas Actas las realicé en compañía del estudiante de la maestría de literatura colombiana de la Universidad de Antioquia Diego Zuluaga.

Para el 3 de mayo de 1894, se asigna un nuevo pedido de \$160 en libros, para los cuales Olano y Carrasquilla quedan encargados de la compra. Se encarga completar las obras de Julio Verne y adquirir *El Quijote*, y se da orden expresa de no comprar, “de ningún modo”, obras de Pérez Escrich, Antonio de Padua o la señora Sáenz, autores condenados “por el buen gusto”. Cinco semanas más tarde, el 14 de junio, se informa del interés creciente de la Sociedad de lectura, llegando sus ecos a Bogotá, también existe una presión por parte de “muchas personas” que manifiestan el deseo de integrarse a “El Tercer Piso” y se discutió la conveniencia o no de abrir las suscripciones. Para el 2 de julio el número de socios asistente es casi el triple; se menciona la donación de “La Defensa católica” y “La Colombia cristina”, así como *Los Viajes de Gulliver*, entre otras; se busca expandir el radio de acción a otras localidades de la comarca. Se propuso a Carrasquilla —que está presente, pero parece ser espectador expectante— para integrar una comisión para reglamentar “las sucursales que haya fuera de la ciudad”, pero fue rechazada por ser competencia de los estatutos generales.

Pero dejemos que sea el mismo Carrasquilla quien nos ofrezca su recuerdo de la legendaria Biblioteca babélica de Santo Domingo, durante estos meses:

Si viera, misía Adela, [escribe en carta del 21 de agosto de 1894], “*El Tercer Piso*”. Ya tiene 64 inscriptores, y, si como es probable, consigue sucursales fuera de la parroquia, el número puede elevarse mucho. Aque- llo ha sido una fiebre de proselitismo y de conquista que ha dado frutos como no tiene idea... Como una cosa tan grande necesita buen regla- miento, se expidió uno... Pero al ir a discutirlo fue lo bueno... Desde la siete ya estaba aquel local que temblaba, el velerío encendido, y Pachito ocupando la silla presidencial (Carrasquilla, 1952, 2.122-2124).

El punto álgido fue la discusión del artículo que contemplaba la prohibición de libros, conforme lo mandado por la iglesia, discusión que hizo estremecer “... las vigas del globo terráqueo”. Fue un jaleo tremendo, de insultos y contra-insultos. “A media noche”, nos cuenta el Carrasquilla cronista de esta institución intelectual, “se acabó el bureo. En resumen: que Lola salió encantada; que Josefa consiguió muchos terminachos; que no se admitieron los librones prohibidos; y que don Rafael se salió del tal Tercer Piso” (2.122-2.124).

II

El mundo narrativo de Carrasquilla ofrece acaso la veta más sugerente para la significación socio-cultural del libro y los lectores en la región antioqueña y Medellín. La historia de la lectura de la región –un capítulo que está por escribirse– se inscribe en el marco extraño y aún hostil del libro en la Contrarreforma.⁹ Las novelas son prohibidas, la ficción embota el cerebro, como desde la época de Felipe II se estableció, sospecha que los misioneros corroboraron. Esta nota de prohibiciones y de sospecha al libro profano, se extendió durante la vida colonial y a lo largo del siglo XIX. Es característico que, hasta finales del siglo XIX, como lo atestigua Carrasquilla y queda consignado en los estatutos de “El Tercer Piso”, la iglesia ejerza un control sobre la lectura, sobre los lectores y lectoras. Más singular es, sin embargo, que en el marco urbano de Medellín el libro sea un objeto de supersticiones, en doble sentido. Se sospecha de quien lea, más si es mujer, pero también el salón de la alta sociedad, hace del exhibicionismo o simulación erudita una costumbre emergente, sumamente atractiva. Entre las modas imperantes, como el “carnaval de Venecia”, el tuteo, el foxtrox, el cigarrillo, el cine o la sopa de ostras enlatadas, se destaca la lectura de D’Anunzio, de Valle-Inclán, de Anatole France. Los señoritos finos mandan esquelas en francés o italiano y esta futilidad erudita o, mejor, semi-erudita, de los “*fashionables*” hace parte del decoro de última generación.

El mundo del libro es, en Carrasquilla, plurívoco y resulta sumamente sugestivo hacer un repaso o breve revista de algunas obras narrativas. Ellas ponen de presente las viejas y nuevas formas de significación del libro, entre amuleto o anatema y sensación o provocación. El libro es tanto objeto de veneración, culto o repudio como símbolo de una trasformación social rutilante.

Basta asomarse a su primera novela *Frutos de mi tierra* (1896). La residencia del magnate recién enriquecido –a punta de usuras y venta de abarrotes– de Agustín Alzate es espejo de su alma. Las novedades en decoración, tapicería y cuadros coronan en un óleo de tamaño natural del magistrado de comercio medellinense. “Nada que huela a libro, ni a im-

9 La introducción más llamativa de la historia del libro en la época colonial las ofrecen Juan María Gutiérrez, Ernesto Quesada, José Toribio Medina y sobre todo José Torre Revello, en su obra clásica, *El libro, la imprenta y la prensa en América bajo la dominación española* (1946). También hay suficientes datos y análisis en Lewis A. Leonard, Mariano Picón-Salas, Mario Góngora, Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot, entre otros.

preso, ni a recado de escribir. Pulcritud, simetría y brillo, eso sí, por todas partes". Es decir, el libro sería lo opaco, el desarreglo, la mancha de la casa del nuevo rico. Por su lado, el caucano hacendado, estudiante mediocre, Martín Gala hace de su vida como una odisea romántica de amor. Quiere ser o se representa como un Lord Byron; y su amor, Pepa Escandón, la hija del ricacho comerciante y mal hablado Pacho Escandón, es su Carolina Lam. Es un Byron hispanizado, pues su modelo lo saca de la *Biografía de Lord Byron* nada menos de don Emilio Castelar. Se identifica Gala, en realidad, con Castelar (este liberal-conservador que terminó siendo, como todos los liberales del mundo hispánico, conservador-liberal) y, de este modo, no hace sino afirmar los valores de la hacienda que porta ("El manejar bastante dinero, el haber dado algunos pescozones, muy bien asentados, en los lances estudiantiles, y, más que todo, su generosidad rumbosa..."). Gala es un Efraín "desromantizado", expresión de la estructura –para ese momento parasitaria– de la hacienda; el Byron hechizo en un mundo pujante de burgueses antioqueños como Agustín y Filomena Alzate. César Pinto,¹⁰ por su parte, el sugerente fantoche de *Frutos de mi tierra*, logra un saber enciclopédico sin leer. Es el erudito no lector, un sabio de club gracias al arte de la simulación mundana y las conversaciones de salón:

Allí se disfrutaba de una sociedad brillante y regocijada: tanto caballero que había viajado por Europa y Norteamérica; tanto doctor; tanto periodista; las conversaciones altas, salpimentadas con el chiste; las cuestiones peliagudas, discutidas con peliagudo ingenio. ¡Y lo que César aprendía oyendo! De allí extraía, como de inagotable chupadero, ese jarabe eruditísimo que lucía en su conversación: de tan gratas aulas sacaba el chico, a más de las frescas sobre política local y crónica bogotana, noticias de la corte de Luis XV, de Ninón, la Maintenon y la Sevigné; de la revolución francesa; de papas y Borgias; de la Patti, Sarah Bernhardt y Gayarre; sacaba mucho cuerpo de doctrina sobre Crítica, Literatura, Filosofía, Legislación, de todo; los nombres de Spencer, Edison, Draper, Littré, Zola, Valbuena, Julio Verne y otros; y tantas cosas más, que pudiera poner cátedra de ciencias recreativa. No solo en cátedra, mostraba su erudición en cualquier parte que cupiese, porque eso sí, oportuno como él solo (Carrasquilla, 1952, 113).

10 Pinto, que encarna el parásito con afectaciones de gran mundo, desea ser, en el fondo, un Gala, pero sin hacienda. Los dos son dos rémoras sociales, en medio de una sociedad que prefigura modalidades burguesas de trabajo.

Y para eso se lee con tanta pasión; no en vano lee así: y, por supuesto, no deja de tener sus consecuencias: “Así fué acendrándose su trato de gentes hasta adquirir ese relumbrante baño, ese esmalte policromo que tan útil le era en su empresa de sacarle la miel a la vida” (113). Páginas más adelante, cuando la vieja y fea tía Filomena se llama “Filis” y el mocito uñón César, “Sarito”, en medio de la comedia de su seducción para dejar a su tía en los meros cueros, el pintosito no tiene otra ocurrencia literaria que compararla con una “Ninón de Nanclós” paisa. Para aclararle su símil paródico, le dice con tierna erudición:

No era hombre, no. Ninón era una dama de la corte pontificia, compañera de Lucrecia Borgia y de Cleopatra. Esta mujer..., ¡a los ochenta años!, llegó a inspirar un amor atroz a un jovencito, casi un cachifo... Tú sólo me llevas... algún par de años... ¡Ya ves, pues, que el amor es cuestión muy aparte.

Para eso sirve leer de oídas: para seducir viejas feas y sacarles hasta el último centavo. César es, así, el José Asunción Silva sin decoro, un falso José Fernández de Andrade, cuya vocación que “es el dinero”, el dinero fácil, es la tercera pata del ensamblaje regional-social de la nación colombiana –la Bogotá cachaca y elegante, la Antioquia emprendedora y mezquina, el Cauca ocioso– que plasma esta “novela ejemplar”.

De otra parte, en *Grandeza* el resabio tradicional contra la lectura emerge, en plena vida urbana. En medio de los estragos a las viejas costumbres que propicia los nuevos emergentes de la especulación comercial, una rara fiebre de lectura se apodera de algunos los personajes centrales de la obra. Leen Chichí y Magdalena Samudio, mientras la madre y Tutú la hermana permanecen tan incultas como de costumbre. Tutú toma los libros al revés, mientras Chichí lee, conforme su madre, “libros muy prohibidos, que pierden las almas de los jóvenes”, “le he visto uno que se llama La comedia divina”, “tiene uno enorme que se llama La democracia”: “¡Figúrate! Ponerse a escribir ese mundo de jofas para hablar de los negros, siempre es mucha tranquilidad”. Lectores y no lectores alternan los espacios de sociales de la élite, dispuesta a dejarse tentar con otras formas de sociabilidad. La fiesta de Navidad se ve amenazada por un cierto Carnaval de sabor pagano; el novenario se ve sustituido por lecturas de Schopenhauer y Valle-Inclán.

La lectora por excelencia es la primorosa Magdalena, Magola Samudio, de *Grandeza*. Era la lectora consumada, como Carrasquilla “la loca de la casa”: “Desde niña tuvo pasión por la lectura. Libro en mano, sentada

muy en ello en el brazo de algún árbol, cual una mona sabia, se la veía los diciembres por ahí en esos campos edénicos que circundan la ciudad”.

Por la época de estos sucesos frisaba ella en los veinticuatro, y aquella cabeza, tan hermosa y alborotada, era por dentro una chaparraleja (que dice la gente) de cuántos autores nos hayan venido a estos vericuetos andinos. Leía de todo: místico y profano, filosófico y estúpido, histórico o imaginario, lo lícito siempre, lo prohibido en ocasiones. Seleccionar aquello, encauzarlo, era imposible, no tanto por la edad, cuanto por el temperamento de Magdalena (230).

No resulta difícil adivinar que Carrasquilla se pinta, como lector, en Magdalena, asiduo (a) de la Biblioteca del Tercer Piso. Y sus consecuencias sociales no se hacen esperar, como en el vanidoso y algo ladrocillo de César, pero al revés: la censuran. La inquisición encontraba su largo brazo en la espontánea oficiosidad de las creyentes:

Así era la loca de la casa [...]. Muchas damas pías se aterraban ¡Jesús! ¡Una niña que, en vez de coser y arreglar la casa, agarraba el libro prohibido y el papelón inmoral...! ¡Una intelectual decadente, hablando de libros malos con los hombres! ¡La bachillerona, la insopportable! ¡La espiritista, la libre-pensadora! ¡La morfinómana...! Cualquier día la encontraban suicidada. ¡El señor nos asistiera! [...] Algunos señores, muy entendidos y graves, se escandalizaban acaso más que sus señoras. ¿Niñas cristianas leyendo a Schopenhauer y a Renán, a Darwin y a Zarathustra? ¿Hijas de María con Valle-Inclán y con Trigo sobre sus mesas de noche? ¿A qué abismo iríamos a parar? (231).

Lectura, mal y ateísmo son sinónimos en la mentalidad colonial de estas “damas pías” y “señores muy entendidos y graves”, en el siglo XX de Medellín. Pero hay algo más de la “intelectual” y potencial suicida (una bella morena llena de salud mental y psíquica). No es una muchacha loca, en realidad, ni menos fácil. Se rebuscan sus pretendientes maneras de seducirla o que le paren bolas: le escriben una esquelita con una tremenda frase de “ANATOLE FRANCE”.

Entra en contacto con un literato, un puerco, en realidad:

Santiago ha entrado, al fin, en literatura, su tema favorito. Es un “*amateur* consumado: Esa noche, al menos, está recién afeitado, con cuello limpio y puños limpios; pero horrible en eso de zurrir sus anodinas retahílas. Disertando sin ton ni son sobre D’Annunzio, Trigo y Valle-Inclán, pregúntale a Magola.

–¿Cuál de las sonatas le gusta más?

–La de Otoño.

–¿Y no le parece muy fuerte?

- ¿Fuerte? ¡En belleza, mucho! En lo demás... ¿no estará en buen punto? ¿Qué dices tú, Lindara?

–Opino como tú –dice el novio con entera sinceridad–. Cuando se trata de presentar ciertas fases de la vida, no hay para qué velarlas demasiado. La moral en el arte es la verdad. Y el lector, si es de buena condición, puede sacar tanto provecho del libro que pinte vicios como del que pinte virtudes [...] De las sonatas pasan a Villaespina, Marquina, Jiménez, Répide y otros. Lindara opina que José Asunción Silva supera al más pintado de los modernistas peninsulares; que Gabriel y Galán le imita en sus “Nocturnos”, y que puede figurar entre los grandes modernos franceses e italianos” (310).

Tenía buen gusto lector Magola –*alter ego* lector de Carrasquilla. La defensa de la obra de Valle Inclán es de particular importancia: es la obra de las aventuras amorosa, de ese Don Juan moderno, el Marqués de Bradomín, especie de místico y profano, de aristócrata y anarquista, de nietzscheano y cultor de la religión del cuerpo y el amor. También lo es Lindara que es la voz crítica de Carrasquilla: cree que “la moral está en la verdad” y exige un lector “de buena condición”, además de paso, de rendirle un tributo póstumo a Silva, de quien con maledicencia había apostrofado el paisa con el mote: “José Presunción Silva Pendofilo”, en una de sus cartas bogotanas de 1896.

En *Hace Tiempos*, su trilogía de fondo auto-biográfico, Carrasquilla despliega un fresco de dimensiones gigantescas sobre la vida antioqueña. “Las tres Antioquias”, para decirlo en forma sintético-conceptual, emergen de esas mil páginas, en la forma de un relato de la vida de Eloy Gamboa, tras el cual habla el yo idealizado de Carrasquilla mismo, en el sentido de auto-realización de la conciencia del individuo burgués decimonónico. Como en “Poesía y verdad” goetheano, aparecen en cada momento de ese monumento narrativo la “Antioquia profunda” de la infancia, la Antioquia de Berrío de su pubertad y Medellín, la villa de 15.000 habitantes que ya hacía sus pinos de “aldea grande”.

A cada momento de estas tres Antioquias, corresponde un tipo de lector. Para el primer tomo, “Por aguas y pedrejones”, tenemos un lector, un agudo montañero, Nicanor, llamado “El Escribano”, héroe de la infancia de Eloy,

protector, simpático, con picardía y honestidad. Se le llamaba así, porque en esa “Antioquia profunda” de la zona minera del Nechí, hacía gala de cultura letrada. Escribe las cartas a los analfabetos, ha leído la urbanidad de Carreño y otras cosas de cultura letrada básica.

Para el segundo tomo, “Por cumbres y cañadas”, está doña Elisa. No es Magdalena la única lectora sensible y mujer sensata, a la vez, del universo narrativo carrasquillano: doña Elisa, la admirable madre sustituta de Eloicito, ofrece una figura de comparativo temple moral. Es lectora y, en esta condición *sui generis*, criticada: “—Es muy natural, Miguel. A don Teodoro y a doña Rosario siempre les parezco yo muy poco piadosa y viven muy alarmados con todos los libros que mantengo aquí. Todos ellos les huelen a azufre. Cada vez que papá manda la remesa gruñe doña Rosario y se asunta María Ignacia....” (832). La lectura riñe con la fe; causa alarma, gruñidos y susto. Leer es igual a pecar. Tener libros es sospecha de herejía, en los riscos –en que “África ha cedido su lugar”– mandados por Don Pedro Justo Berrió.

En Medellín, que es retratado en el tercer tomo “Del campo a la ciudad”, la lectura cumple un sentido nuevo. Hay en Medellín centros lectores y la ciudad se presenta orgullosa no tanto por su aspecto urbano, aún lánguido y hasta rupestre, son por la sociabilidad literaria y el tono civilizado de sus instituciones mayores. Se puede asegurar que el ápice de la Antioquia civilizado lo encarna la Universidad de Antioquia y la Universidad de Antioquia está encarnada en su rector Berrió y el patrício conservador Mariano Ospina Rodríguez. Berrió se encargaba de la clase de urbanidad:

En este mismo local dictaba las clases de Religión el doctor Mario Ospina Rodríguez. La mayoría de los oyentes tenía que pasar la hora de pies porque, amén de la escuela supradicha, asistían varios profesores, sacerdotes, y muchos señores de la burocracia y del comercio. ImpONENTE figura la de aquel patrício de esclarecida y romanesca historia, de barba bíblica y austero traje. Aunque anciano, emitía su voz de tal manera que no se le perdía sílaba en ese salón tan espacioso. Bien es cierto que no lo interrumpía ni el vuelo de una mosca. Por esa boca hablaba la sabiduría, con el método y la sencillez, la claridad y la precisión que sólo en la sabiduría caben (1097).

Si esas lecciones universitarias de Ospina Rodríguez eran la clave de la bóveda de la alta civilización antioqueña, le competía en la calle una heterogénea actividad publicística. Carrasquilla mismo ofrece un inventario

de ese mercado de las letras, para que no se piense que esa “Villa fuese completamente mercantil y filistea”. Había “nutridas librerías”, que vendían no solo libros religiosos, “sino también de todos los autores profanos que no estuvieran incluidos en el Syllabus” (1101). Había también imprentas estatales, eclesiásticas y particulares. Editaban, sobre todo periódicos, como “La Gaceta Oficial”, “El Repertorio Eclesiástico” y “La Sociedad”. “Grandes sucesos editoriales fueron por esos días el grueso volumen de *Antioquia Literaria, Pergoleso y Annunziata*, novela de Juan José Molina, y *Los Hijos del Misterio*, de Mercedes Gómez. Acaso por esas mismas escasez de la prensa había muchos suscriptores a todos los periódicos del país y a las revistas más famosas de Europa”. En otros, términos, apreciaciones de valor sociológico insustituible, mientras no hable la sociología de la lectura.

La Marquesa, por su parte, Doña Bárbara Caballero y Alzate, revela una cara nueva de la lectura en el mundo colonial. Hija del aragonés don Pedro Caballero y de la andaluza doña Rosalía Alzate, Bárbara aprende a leer contra la costumbre, en *La Marquesa de Yolombó*. Al lado de Magdalena y doña Elisa, es doña Bárbara la tercera de las gracias lectora del universo ficcional carrasquillano. Mientras su hermana mayor doña Luz es una calamidad de abulia, doña Bárbara rompe con el papel femenino de su siglo: es activa, emprendedora, medio masculina. Su consigna podría ser esta: “¿Por qué no? Las mujeres, a pesar de estar sometidas al macho, servían en ocasiones mejor que el más bragado” (396). Los hombres tienen a las mujeres blancas como animales, solos las embarazan y ceban. En su espontánea memorial de agravios, doña Bárbara protesta: quiere saber leer y escribir, así su padre le diga “a una niña de tu clase no le conviene saber tanto” (398). Como una especie de sor Juan Inés de la Cruz, enclavada en esa ignota zona minera antioqueña, doña Bárbara se quiere sacudir de esa doble sujeción: como mujer y como americana. Leer es un camino de redención.

Habrá libros que enseñan cosas malas; pero yo sé que hay otros que enseñan religión y cosas buenas, como las vidas de los santos, las novelas, los santos Evangelios, el misal, y ¡quién sabe cuántos más! Pero, aunque las mujeres leyieran todo lo malo, no habría motivo suficiente para quitarles los libros. Sería lo mismo que taparle los oídos, porque se oyen cosas males; lo mismo que vendarle los ojos para que no vean lo malo que se hace (398-399).

La escritura es redención y es magia, para la Marquesa. Leer es, en realidad, la verdadera magia, un poder inconcebible. “Aquí empieza aquella brujería”: empezar a leer es empezar a sospechar un poder inmenso, el abrirse a un abismo hechizado, tan grande y potente que parece obra del mismo diablo. “Aquí empieza aquella brujería”:

¡Valiérale Dios a doña Bárbara! A medida que sospecha lo que eso puede ser, se va desvaneciendo en uno como ensueño de pasmo. Los números se le hacían ya una simpleza. El que había inventado estas otras cosas no era un ayudado solamente: tenía que haber sido el diablo en persona. Solo el era capaz de tanta magia y de tantísima sutilza. ¿Ser unos garabatos, ahí pintados, como un cristiano que cantara, que conversara y que echara sermón? ¡Eso no lo había inventado la gente! A ella metían esa tan gorda! Que le levantaran cosas más creíbles; pero esa, no... Aprender a leer era más difícil que montar una mina (481).

La sugerión de la lectura, su poder maravilloso, revolvía el cerebro de la emprendedora minera: para la aprendiz las letras embrujadas danzaban sobre su imaginación con ritmo loco. Cada letra era un signo y cada signo una nueva galería del alma.

Doña Bárbara Caballero encarna el tránsito de una cultura ágrafa a otra letrada. Es maestra de Yolombó; y con su magisterio quiere sacar de las densas sombras a sus pobladores. No querrá el Rey sabios en América, pero no ignorantes de solemnidad. Como la otra lectora, Doña Liboria (“solterona muy fea, de color amarillento, un tanto contrahecha” que “sabe leer y escribir; pero se hace la analfabeta, por no parecer marisabidilla ni rebelde”) Liborita,¹¹ que se educó en los rudimentos literarios del Siglo de Oro, Bárbara Caballero, la futura Marquesa, emprende sus lecturas a riesgo. Al par que trabajadora de minas es lectora, y al par que lectora maestra, cantora y empresaria. La honda significación de la lectura en la Marquesa, la función de las letras y las lecturas de la vida colonial, es un capítulo apasionante, de que Carrasquilla deja claves de inusitado interés. La superación o el intento de superación del mundo mágico de Ayudados, Madremontes y otras figuras nativas de las ondinas y duendes europeos, o al menos, el contraste que representa la nueva magia, la lectura, es una

11 Su erudición literaria le sirve para idear un jocoso romance de burla, en Carnavales, por el fracaso amoroso de setentón José María Morena con la quinceañera Sacaleche.

nota de perenne: se abre Bárbara al universo del *Evangelio*, *La Vida de los Santos*, pero también del *Quijote* y Gil Polo.

Doña Bárbara, con todo, queda atrapada en medio de una doble superstición. Se queda, con el Continente, en la mitad del camino entre la superstición nativo-hispánica y una genuina ilustración. Si leer era una luz, en sus inicios, al cabo, permaneció a media luz, sucumbiendo a sus propias fantasmagorías. Doña Bárbara lee, además, la *Historia de España* del Padre Mariana, “el que le acendra y le apura el amor a esa España y a esos Reyes que echaron a esos infieles y a quienes Dios les dio, en pago, estas Américas, tan escondidas en medio del mar”, y también lee, mejor recita, para remate, con “esa voz tan extensa”, sintiéndose “maga y poseída del numen”, la exaltación versificada del poeta Moratín por la coronación de Carlos IV, que todo Yolombó escucha sobrecojido por “la música de la voz”, aunque “nadie entiende jota de lo que dice”.

Pero si hay lectoras inteligentes, sensibles, abismadas y de buen gusto, como Magdalena o doña Elisa o doña Bárbara, las hay también atrofiadas y fanáticas. Es el caso de la tremenda matrona –especie de Fernanda del Carpio o Mama Grande garcíamarquiana– doña Quiteria Rebolledo de Quintana de “Luterito”.¹² La “Quiterita”, como con lambonería algo impertinente trata a su engendro el “padre Carrasco”, era “la dama más pia-dosa, más rica e influyente del pueblo”. La dama lee, pero para acrecentar la piedad y robustecer su fanatismo: “Tampoco era ninguna ignorante la señora de Quintana: sabía mucho, pero mucho de Telémaco, había leído

12 El “padre Casafús” es el transfiguración literaria de un episodio histórico de la llamada “guerra de las escuelas”, de “los curas” o de “los obispos” entre 1876 y 77. Recientemente, el historiador Luis Javier Ortiz ha reconstruido ese ambiente, pormenorizadamente, en que el conservatismo de la zona antioqueña de Marinilla, Abejorral y Santa Rosa, impone una suerte de dictadura católica contra los liberales. Los curas –la inmensa mayoría conservadores y con lazos familiares y regionales poderosos- tomaban partido abierto, conforme un testimonio de época: “...predicaban y aguzaban para la guerra al gobierno nacional; no solamente de palabra sino con demostraciones hostiles en plazas y calles públicas...” “A los sacerdotes” asegura Ortiz, “que despertaban cierta sospecha por atender liberales en el confesionario o por ser simpatizantes de su causa, se les estigmatizó y procesó, a tal punto que algunos fueron confinados a diferentes distritos, casi siempre lejanos de los propios. El literato Tomás Carrasquilla nos narra el caso más conocido en el Padre Casafús” (Cfr. “Clérigos al banquillo de los acusados y clérigos disidentes. Cruzada religiosa y guerra civil en Antioquia, 1870-1880”) Lo cierto es que en Colombia, pese a algunos curas combatientes, no hubo personajes legendarios como los curas carlistas Ramón Cabrera y Manuel Ignacio Santa Cruz.

*El Evangelio en Triunfo*¹³ y todo el *Año Cristiano*, y entendía en liturgia bastante más que el padre Vera" (Carrasquilla, 1952, 1.257). La reiteración de las menciones de la lectura de *Telémaco* por Quiteria –se refiere a las *Aventuras de Telémaco* de Fenelón, que tuvo gran influencia en el siglo XVIII–, que es "el único monumento" que trata de conciliar el cristianismo con el mundo griego (Sainte-Beuve), debe tener el sentido implícito de la crítica que esa libro hace a la monarquía absolutista y la insistencia al postulado del respeto que el gobierno debe tener por el derecho de los súbditos, es decir, en clave de la época quiteriana, una crítica al gobierno liberal de Aquileo Parra, visto como anti-cristiano.

Por el contrario: "El párroco Ramón María Vera, curita de misa y olla, de una simplicidad enteramente evangélica, aficionado en exceso –por pasatiempo– a las faenas y asuntos pecuarios, sabía más de terneros y muletos que de embelecos filosóficos, literarios y canónicos" (1255). Nada entendía de "las honduras" del padre Casafús. Tenía el padre Vera su *factotum*: don Efrencito Encinales, universalista en remiendos, lambón y cizañoso. Era lector, como doña Quiteria, pero con más doctrina: "Era lector incansable de *La Caridad*, Augusto Nicolás y Frayssinous; se sabía al dedillo al padre Jaén, *Cartas de un sacerdote católico* y *Las sirenas*, libros y autores que citaba con frecuencia. Con decir que fué él quien leyó varias veces las siete palabras en el púlpito, está dicha su religiosidad" (1256).

Mientras, Luterito, el padre Casafús se atiene a su Thomas de Kempis –no eres mejor porque te alaben, ni peor porque te critiquen–, pero se le acusa de lector de impiedades, ante Vera:

—Señor —replica don Efrén, apasionado—, no crea, si no quiere; pero es rojo, rojo del cacho largo; dice que *La Caridad* es un periódico fanático e intolerante; lee *El Diario de Cundinamarca* y todos los papeles prohibidos que le venían al cojo Pino; tiene en su biblioteca obras de Bentham y de Víctor Hugo, y desea el triunfo de nuestros enemigos (1254).

13 Se refiere a la obra del ilustrado peruano Pablo de Olavide, ministro de Carlos III, quien posteriormente fue perseguido por la Inquisición; ya anciano y en la cárcel escribe ese famoso diálogo. En España, como lo estudia Jesús A. Martínez en *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX* (CSIC, Madrid, 1992): "Son particularmente leídos Olavide, con la extraordinaria difusión que desde finales de la centuria dieciochesca tenía el "Evangelio en triunfo"...." (Pág. 123). También Fenelón y el "Año Cristiano" tuvieron gran divulgación en la Península, aparte de Montesquieu, Filangieri, Beccaria, Bentham y, por supuesto, Balmes y Donoso Cortés.

En otras palabras, dime qué lees y te diré quien eres: la lectura es la personificación ideológica, cada libro se trueca en acto de fe o toma de partido. La lectura tonifica el espíritu de Casafús, pero embota el cerebro calenturiento de doña Quiteria; Efencito se toma a pecho su formación teológica como acto afirmativo de su fe y Vera confirma en su ignorancia su simpleza de criterio.

En “El Padre Casafús” se tiene también a doña Milagros Lobo (“es tan sumamente bachillera”), pariente cercana de la “marisabiondilla” doña Liboria de la *Marquesa*, por eso tratada por “olisquera” por doña Quiteria. Doña Milagros hace el milagro de sacarle al obispo de Medellín, con una salida de irresistible ingeniosidad, el “levantamiento de la suspensión” que recaía sobre el padre Pedro Nolasco Casafús, para volver a Piedrasgorda y encontrar que, cercado de miseria, tras la implacable dieta de “guineos y arracachas” y comer “viento”: el pobre padre “¡Murió de hartura!”.

En “Entrañas de niño” hay un auto de fe, en que se queman los libros prohibidos del padre ilustrado Villalares. Había tenido en vida trato con Nariño y Miranda y, perseguido por la Inquisición, se perdieron sus huellas en las cárceles de Cartagena. Sus familiares quedaron con la biblioteca que fue expurgada por el doctor clérigo Rada Nates: “gigante y encantador”, en la mente del infante Paquito:

—La mayor muestra de estimación que ustedes pueden darme —prosigue Rada Nates— sería no dejarme ir de esta casa tan ejemplar, sin que viera arder la pira de tantas abominaciones.

—Con el mayor gusto, doctor —dice mamacita. Lo que se ha de empeñar, que se venda. Subamos si quiere, para que usted escoja. Y que no quede ningún libro de caballería ¿no es eso?

—Cabal mi señora —repone él muy sonreído—. Lo mismo que en la biblioteca de Don Quijote!

—¿Qué es la cosa, doña Beatriz? —pregunta mi padre, al verlos en pie.

—Camine y verá: quiere el doctor Rada Nates quemar algunos de los libros de papá.

—¡Bien decía yo —murmura don Ignacio, con su gruñido aquel— que todas esas obras de don Boni eran de la cáscara amarga!

—¡No todas, señor Santos —repone el levita—. Hay algunas bellísimas, sumamente instructivas y morales: ahí están, por ejemplo, toda la colección

ción de El Instructor, el repertorio completo del padre Feijóo, las obras de Chateaubriand y otras varias, al cual más excelsa.

¡Quemar libros! Esta adivinanza sí era la cosa más inaudita (1.215).

En *Ligia Cruz*, la pueblerina de Segovia, que al contacto con Medellín, sufre una transculturación súbita; en forma cursi y hasta conmovedora, lee sus cositas. Se muda el nombre de sabor pueblerino y plebeyo Petrona por el de Ligia, tomado de la reina de la película en boga “Quo Vadis?” Este nombre le sentaba y con él conquistaría a Mario, el doctor de la “cream de la cream” medellinense. Leía la *María*, con su dedicatoria. La literatura trivial y sentimental era su fuerte: “Él me regalaba de cuando en cuando; él me regaló “La María”, con una dedicatoria muy linda; él, postales con versos. Me prestó las historias de “Oscar y Amanda”, “Los juramentos de amor” y “Hijo natural”, y otras muy bonitas, porque a mí me gusta más leer historias que versos de poesías. ¡Me encantan las historias!”

Ligia es protagonista de una de esas historias sentimentales, triviales, dolorosas: de historias más que de “versos de poesía”. En otros términos, Carrasquilla introduce elementos melodramáticos, como trasfondo a una historia hondamente dramática que denuncia la honda fisura socio-racial de la sociedad antioqueña. Así como el Gala de *Frutos de mi tierra*, puede ser llamado un Efraín “al revés”, Ligia pasa por el reverso de *María*.

III

De “Las Homilías”, pero también de “Herejías”, se pueden tomar ricos componentes del universo literario de Carrasquilla. “Las Homilías” contienen las indicaciones más explícitas de la vasta cultura literaria y los juicios o preceptos que encaminan su estética. En ella se hace una condena o crítica al movimiento Modernista. Habría que hacer la advertencia que estas “Homilías” hacen parte de una tradición crítica hispanoamericana que se remonta a 1837, con el Salón Literario en Buenos Aires de Juan María Gutiérrez o de Esteban Echeverría (quien reclama “...busco una literatura original, expresión brillante y animada de nuestra vida social, y no la encuentro”)¹⁴; pasando por el discurso del chileno José Victorino

14 En la inauguración del Salón, Juan María Gutiérrez pronunció su conocido discurso “Fisonomía del saber español cual deba ser entre nosotros”. Reeditado en *De la poesía y la elocuencia en las tribus de América y otros escritos*, 2007, Caracas: Biblioteca Ayacucho. Edición de Juan Guillermo Gómez García.

Lastarria, La Sociedad literaria, en 1842¹⁵ y las conferencias del peruano Manuel González Prada en 1886.¹⁶

Pero resulta quizá más importante advertir que “Las Homilías” cárass-quillanas son además un documento valioso de las relaciones literarias entre España e Hispanoamérica, en la época del canovismo, al lado, por ejemplo, de “Recuerdos de España” del peruano Ricardo Palma o de la ya citada “España Contemporánea” de Darío. Es decir, las “Homilías” deben comprenderse en el marco estudiado ampliamente por Carlos M. Rama,¹⁷ y que, para el caso antioqueño tiene características especiales. Es importante recordar en este contexto no solo las notas críticas de Unamuno, en que elogia la literatura antioqueña, sino la reacción que motivó, en el pontífice de la crítica literaria, el autor de “Pepita Jiménez” y “Juana la larga”, vale decir, Juan Valera, una nota que contra él se publicó en la “Miscelánea” de Medellín. “Mi señor mío:”, se digna a revirar desde su parnaso el cónsul literario madrileño “A UN DESCONOCIDO”, “La carta que usted me dirige, ocultando su nombre, llegó a mi poder pocos días ha con el periódico en que viene inserta, *La Miscelánea*, revista literaria y científica que se publica en Medellín, República de Colombia”.¹⁸ Lo que sigue se debe suponer: el culto a Víctor Hugo en estas tierras es una especie de herejía literaria que debe enmendarse; es la misma clase de reparos que, Unamuno, dirigió al peruano González Prada, a quien afirmaba admirar. También, en este contexto, es de citar la obra de encargo para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento, sobre la poesía hispanoamericana.¹⁹

15 Este discurso se inserta en las intensas polémicas que animaban la vida intelectual chilena de la época de Bulnes-Montt, en la que de un lado actuaba el veterano venezolano Andrés Bello y de otro el fogoso refugiado argentino Sarmiento.

16 En su intervenciones en el Ateneo de Lima, el Teatro Olimpo y en el Politeama, González Prada inicia su vida pública como contradictor y polemista contra el estado de postración nacional, tras la derrota peruana con los ejércitos chilenos (1879).

17 El extraordinario libro de Carlos M. Rama, 1982, *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina. Siglo XIX.*, México: F. C. E.

18 Valera, Juan. *Cartas Americanas. Tomo III*, 1947, Madrid: Editorial Aguilar. Pág. 213. En estas *Cartas* nunca se pierde el complejo del civilizar hispánico, que expresó sin ambages ante el problema cubano. “En ambas guerras, España combate por la civilización contra la barbarie. En Cuba es más odioso y está menos justificado el alzamiento contra nosotros A no ser negros a quienes hemos civilizado y dado la libertad, los rebeldes son españoles...” Es de anotar que tal vez los retratos de González Prada sobre “Castelar” y “Valera”, recogidos en *Páginas Libres* (1894), son las páginas más libres y duras de un hispanoamericano contra estos tribunos literarios del canovismo.

19 Esta obra de tres gruesos tomos se encuentra en el inventario de la Biblioteca del Tercer Piso.

La moda literaria no es capricho, sostiene Carrasquilla en la “Homilía 1”: “La moda no es tan arbitraria ni tan caprichosa como lo juzgan muchos espíritus frívolos, no; la dictan el instinto de variación y de novedad; ella es el estado mental y psicológico de una época y de una nación...” (1.959). Se pronuncia, en seguida, contra las importaciones arbitrarias de la literatura francesa: “Estas importaciones son imposibles, y una de las más, la del modernismo en las letras” (1.960). Cita a Lombroso, para referirse al estado mental perturbado de los poetas decadentes franceses: “...es decir gentes que tienen la manía de fingir sentimientos y emociones, por darlas de raros, excéntricos, desalmados, demoníacos y demás licores...” (1.960).

Más adelante vuelve sobre este tema y es explícito contra la lírica francesa: contra Baudelaire, Verlaine y Mallarmé y sus adeptos que están afectados por “la manía de simulación y exhibición”:

Baudelaire, el ángel rebelde como quien dice, capitanea los primeros. Su legión es toda horrifica y demoníaca. La rabia, una rabia dantesca, contra lo que otros tienen por bueno y por santo, informa sus obras más o menos (1.963). [...] Viene luego el decadentón supremo, aquel en quien se juntan y concurren todos los grupos y ramales del decadentismo. El es el papa de esta iglesia vitanda. Su labor artística es inmensa: diez y ocho volúmenes nada menos... Es un poseído, un mago, un ser sibilino. Como Proteo, cambia de formas, de expresión, de actitudes, de sentimientos... Me refiero a Verlaine (1.964). [...] Su discípulo Mallarmé, o si se quiere, su émulo, es otro fenómeno. Quiere hacer del arte una manifestación al revés: es decir, que no manifiesta, sino que esconde o solapa. Sus producciones son otros tantos jeroglíficos: allá en los profundos de esa forma dizque se esconde un gran pensamiento. Esta esfinge del nuevo Egipto es uno de los más admirados e imitados. Apurando un precepto del pontífice, pretende este obispo, y con él sus diocesanos, que lo supremo del arte estriba en el misterio; en dejar en las tinieblas al sacrílego profano que pretenda penetrarlo. Bajo fórmula tan peregrina elaboran los simbolistas, ocultistas y mágicos (1964).

En la “Homilía 2” afirma enfático que en Antioquia se lee a Nietzsche y, con orgullo, confiesa que lo ha leído, y así replica a Maximiliano Grillo –director de la revista “Gris”, que le había publicado un extracto de *Frutos de mi tierra* en 1895– que puso en tela de juicio sus conocimientos del filósofo alemán: “...mis amigos me llaman, por insulto, “el viejo Zarathustra”. Tu maestro es por estas Beocias de lo más leído y comentado, de lo más traído y llevado, pues por acá se lee muchísimo, aunque no crean, ni aprove-

che. En casi todas las bibliotecas particulares figuran las obras de Federico Unico. Y, como es condición del antioqueño el ser muy metido, no faltan por ahí quienes se fajan sus exégesis, bastantes claras y convincentes, sobre la nueva revelación. Acaso hayas leído lo que publicó Sebastián Hoyos" (1.985). "No te diré que he leído a Nietzsche: lo vengo estudiando, obra por obra, hace cosa de cuatro años. Mis amigos Efe Gómez y Félix Betancourt –que son bastante más fuertes de lo que cualquiera puede figurarse- son los Virgilius que me han guiado por esos infiernos de la inteligencia... me encuentro medio orientado" (1985).

No se comprende, con todo, si Carrasquilla se declara entendido o, al menos, "medio orientado" en la filosofía nihilista de Nietzsche, no saca la consecuencia lógica que a la "muerte de Dios" corresponde una pérdida de eje gravitacional del lenguaje y ello explica la estructura de la lírica moderna: Nietzsche explica –o es como caja de resonancia– a Baudelaire y Mallarmé. La "estructura de la lírica moderna", para decirlo con uno de sus intérpretes más agudos, Hugo Friedrich, se caracteriza precisamente por las notas de "disonancia ontológica" que no comprende Carrasquilla. Se caracteriza por lo grotesco, fragmentario, la ruina del cristianismo, el placer de desagradar, la vacuidad del ideal, la intensidad de lo feo, la irrealización de la realidad, la incomprendibilidad del lenguaje, la proximidad del silencio, la voluntad sobrehumana de abstracción, en fin, son formas de nihilismo: ejemplo clásico es Mallarmé, en quien la desrealización de los objetos sencillos precisa de un "aumento insospechado de significado".

Precisamente porque Mallarmé no procede por medio de conceptos, sino infundiendo profundamente el ser absoluto, la nada, en los objetos más ordinarios, éstos pasan a ser como enigmas ante nuestros ojos, logrando así obtener la misteriosidad esencial en las cosas cotidianas. Por ello crea lírica, es decir, canto de lo misterioso con palabras e imágenes a cuya percepción el alma vibra, aunque se vea transportada a ámbitos extraños" (Friedrich, 1956, 150-151).

Por otra parte, Carrasquilla saca las debidas consecuencias de la presencia de Nietzsche en la literatura española contemporánea, no sin antes hacer un repaso de la literatura rusa y francesa:

Donde creo que se manifiesta más marcada que en parte alguna, es en la España nueva [...] Se me antoja que Trigo está influído hasta la médula en *Sed de amar* e *Ingenuas* arremete contra todo el orden éticosocial. Adrede se propuso escribirlas en mal castellano, para probar paladina-

mente que sobre la gramática está el genio. Sus tesis y sus personajes son nietzschianos a más no por. Su obra Socialismo individualista es una superhombrada, si las hay (1989).

Comparte, con Rubén Darío, su admiración por Blasco Ibáñez: “Blasco Ibáñez (que en mi sentir es uno de los grandes escritores de la época) no le va en zaga al anterior. Las campañas contra el catolicismo, la monarquía, la absorción de la riqueza y los prejuicios sociales, son formidables, que dirías tú” (1989).

Valle-Inclán, el José Asunción Silva de España, es otro influido. Su delicioso cinismo tiene la frescura y la despreocupación del nuevo profeta. Harto lo prueban su *Marqués de Bradomín*, su *Niña Chole*, *Concha* y varias encantadoras creaciones. Su temperamento de aristócrata revolucionario y de esteta sutilísimo se siente en todas sus obras, bien así como la gota de rica esencia en el pañuelo de la hermosa. A sus cuadros apacibles, llenos de colorido, de la vida del campo; a sus escenas pasionales, tan bien sentidas, las anima siempre un soplo de sobriedad, de delicadeza y de sencillez. Es un Petronio del arte, cuya elegancia consiste en la naturalidad” (1989).²⁰

Este es testimonio de admiración por Valle-Inclán que es el mismo que esta en boca de Magdalena Samudio.

Para rematar cabe referirse a Unamuno, a quien correspondía la deferencia o fineza de sus comentarios elogiosos, pero con quien compartían un similar o semejante sentir sobre la literatura regional. Unamuno fue decidido crítico del Modernismo, y al halagar a Sarmiento, aprovechaba para controvertir, por envidia peninsular, a Rubén Darío. Carrasquilla, con todo, reconocía la importancia del destacado crítico peninsular: “Me colocas a Unamuno entre los enzarathustrados. No lo sé; lo conozco demasiado, pero no le noto la tal influencia; lo juzgo muy suyo naturalmente, en todo y por todo. El título de una de sus novelas se me antoja que puede definir esta personalidad tan completa y abarcadora. Unamuno es *La paz en la guerra*” (1990).

Con toda la importancia y valor que le concedió Carrasquilla a la narrativa española de su época, no se puede deducir de ello una unilateral

20 Estampa la arrogancia, con todo, irresistible del don Juan de Valle-Inclán, estas palabras a la Niña Chole: “Los españoles nos dividimos en dos grandes bandos: Uno, el Marqués de Bradomín, y el otro, todos los demás”.

entrega a todos sus valores. Es cierto que es tan complaciente como Darío ante figuras de segundo rango, y que no era de esperar del –hasta cierto grado– apacible patrício antioqueño la soberbia irritación que le causaban algunos ejemplares peninsulares a González Prada. Más cerca de Palma en sus juicios, Carrasquilla, sin embargo, fue sincero en su admiración y en sus reproches. Carrasquilla se fastidió cuando, por ánimo de halagarlo, lo tildaban del Pereda antioqueño y rechazó, con indignación, las insinuaciones malintencionadas de su tributo servil y hasta plagio de los grandes de la Península (de las tres P: Pereda, Pérez Galdós y Pardo Bazán). No se puede desconocer, sin embargo, la deuda que tiene con un Pérez Galdós, u otros como Trigo, pero, más que de imitaciones se debe hablar de coincidencia de circunstancias sociológicas o socio-culturales. “Luterito” tiene algo de *Doña Perfecta* como de *Nazarín*; así como *Ligia Cruz* parece una hija menor de *La Desheredada* y hasta cierto punto la Magdalena de *Grandeza* debe o podría deber algo a *Tristana* (en cualquier caso, el tema de la independencia femenina); en fin, “Dimitas Arias” tiene un toque de *Marianela*. Incluso, ¿no heredó el maestro antioqueño el encantador *fashionable*, para definir el nuevo gusto, de su maestro canario-madrileño?

Si Juan de Santa Cruz de *Fortuna y Jacinta*, si Agustín Caballero de *Tormento* son hijos característicos de la burguesía española en ascenso, es acaso Francisco de Torquemada de *Las novelas de Torquemada* un pariente literario más cercano a los Cónsules –Agustín y César– de *Frutos de mi tierra*. A semejanza de los personajes colombianos, el enriquecimiento por la usura obliga al madrileño a un cambio de postura social. El nuevo evangelio es el dinero. Francisco de Torquemada actúa en Madrid como actuará el antioqueño: “... Al fin, hacía lo que todos: después de chupar a los pobres, hasta dejarlos sin sangre, levantaba el vuelo hacia las viviendas de los ricos” (Pérez Galdós, 1985, 135). A la obligada transformación del vestuario, la vivienda y la dieta, convenía cambiar la forma de hablar. Se debía acostumbrar hablar en abstracto y en expresiones a tono que el justo medio de la opinión y la conveniencia. Los “elementos” ya no eran solo agua o fuego, eran los “elementos conservadores”, los “elementos del poder”, los “elementos perturbadores”. No bastaba decirle al pan pan y al vino vino. Ya había “puntos de vista”, “hasta cierto punto”, “a grandes rasgos”, “abrigar un proyecto”, “exceder a toda ponderación”. Ya no se decía; se manifestaba. “Ya sabía decir cada frase que temblaba el misterio que temblaba el misterio... se concretaba a lo más preciso, y el laconismo y tal cual dicharacho pescado de la boca de Donoso (su maestro del gran

mando) le hacían pasar por hombre profundo y reflexivo" (135). De esa deuda literaria perezgaldosiana no se escapa el tierno y cursi "Tor" con que Fidela Águila da en la flor de llamar a su horroroso marido y que en Carrasquilla se convierte en el "Filis" con que el cachaquito bogotano "Sarito" pone en el paraíso de amor a su fea tía Filomena. De Torquemada a "Tor" es lo que hay de Filomena a "Filis", nada menos.

Pero esos cotejos o rastreos de influencias, explícitas o latentes, son ejercicios filológicos que, en últimas, llevan a callejones sin salida. Más bien, es peculiar en ellos captar los fondos similares del fanatismo religioso que anima la vida política de ambas naciones –un carlismo compartido– y de los efectos de la transición social, del campo a la ciudad, que vieron con tanta agudeza. No faltaba razón a Carrasquilla al hablar de la civilización "hispano-antioqueña", para resaltar la raíz cultural hispana, pero también al subrayar el acento regional antioqueño que nos acerca y a al vez nos aleja de España.²¹ Carrasquilla habla de la cultura "hispano-antioqueña", mientras Pérez Galdós de la "hispano-matritense". Estas coincidencias más que circunstanciales son parte de un proceso social que ellos observan con agudeza: la transición social que empuja el capitalismo, sin vuelta posible, crea una segunda piel. "Diversas grietas se abren en la dura y pavorosa peña" (Pérez Galdós, 1999, 222) del pasado, afirma el canario en su conferencia "La sociedad presente como materia novelable", y la fuerza irresistible de las clases medias, vale decir, de la burguesía con su empuje y dinamismo ofrece el espectáculo novelable por excelencia:

La llamada clase media, que no tiene aun existencia positiva, es tan solo informe aglomeración de individuos procedentes de las categorías superior e inferior, el producto, digámonos así, de la descomposición de ambas familias: de la plebeya, que sube; de la aristocrática, que baja, estableciéndose los desertores de ambas en esa zona media de la ilustración, de las carreras oficiales, de los negocios, que vienen a ser la codicia ilustrada, de la vida política municipal. Esta enorme masa sin carácter propio, que absorbe y monopoliza la vida entera, sujetándola a un sinfín de reglamentos, legislando desaforadamente sobre todas

21 Baldomero Sanín Cano, 1977, *Escritos*, Bogotá: Colcultura, corrobora la importancia que, hacia 1880 a 1884, tenía la literatura española en Medellín: "Era un momento aquel en que la literatura de Medellín sufría con intensidad la influencia y el contagio de las letras castellanas del momento: circulaban en el ambiente literario las obras de Pérez Galdós, Valera, Clarín, Pereda, Emilia Pardo, Palacio Valdés y otros menores. No era permitido ignorar el sentido y la intención de *Doña Perfecta*, *Pepita Jiménez*, las críticas de Clarín y los descubrimientos de la Pardo Bazán". *Escritos*. Colcultura, Bogotá, pág. 460.

las cosas, sin excluir las espirituales, del dominio exclusivo del alma, acabará por absorber los desmedrados restos de las clases extremas, depositarias de los sentimientos elementales" (222-223).

No se precisa forzar demasiado las trayectorias de Carrasquilla y Pérez Galdós, para encontrar paralelos o semejanzas sintomáticas en materia biográfica, de formación, lecturas y desempeño profesional como escritores. Pérez Galdós, como Carrasquilla, nacen en provincia (uno en Agüemes, Gran Canaria, el otro en Santo Domingo, Antioquia); en la adolescencia se trasladan a las capitales, Madrid y Medellín, donde estudian derecho, carrera universitaria que les causa más fastidio que interés. Galdós se forja tempranamente su programa artístico, al calor de la prensa, con artículos de "una prosa menuda, suelta, limpia", que pueden ser considerados como "el primer apunte de algunos futuros personajes" (Pérez Galdós, 1999,15), en forma comparativa a los escritos por un Carrasquilla maduro para "El Espectador" en 1913-1914 y recogidos en *De Tejas Arriba y Dominicanos*.²² Pérez Galdós, como Carrasquilla, fue víctima de la presunción romántica de un talento *naïf*, espontáneo, que arrancaba el arte de la vida, de ver, oír y escribir, sin consideración de la labor intelectual que precedía a sus obras. Los dos ejercieron la crítica literaria, como parte complementaria de su obra narrativa, para poner de presente los presupuestos estéticos de su praxis creativa —estudio de las costumbres en dinamismo y la realidad

22 Se puede pensar que este tardío tránsito profesional por la prensa del antioqueño, tiene relación con su condición de privilegiado rentista, que le permitió eludir, por décadas, "alquilar la pluma" (como rentista vivió toda su vida González Prada, y ello está en relación con su prosa lacónica y justa). Solo a partir de 1905, con la quiebra que sufre el banco donde tenía depositado sus ahorros, el ahora maduro Carrasquilla tiene que someterse, a regañadientes, a las leyes del duro mercado literario. En cualquier caso, nunca Carrasquilla fue el "Charpentier de sí mismo", vale decir su propio editor (tenía Galdós una prensa de su propiedad), como le reprochaba Darío al español. Galdós, al igual que Carrasquilla, se sometían, en sus medios nacionales, a esa ambigua y polívata profesionalización del escritor en las sociedades burguesas, que había hecho esas ambigas y polivalentes carreras literarias de Voltaire (filósofo con su propia corte y relojero), Goethe (poeta y ministro de un principado) o Balzac (novelista que anhela su nicho consagratorio de cuño sans-simoniano). Carrasquilla debe menos al folletín, en todo caso, que su émulo peninsular, y tal vez esta sea una deuda inconfesable del antioqueño a las exigencias estéticas del modernismo hispanoamericano. "Hay además el gran inconveniente de las circunstancias tristísimas de la literatura considerada como profesión", escribe Galdós; en forma semejante pensaba Carrasquilla. Es decir, que experimentaban los primeros síntomas de la tensión entre su ideal artístico y las presiones del gusto de las masas en una época de la democratización de la lectura y los empresarios que las satisfacían. Pérez Galdós, según cálculo de Juan Valera, contaba con veinte mil lectores en el mundo de lengua española, "desde Irún a Málaga, desde la Patagonia a Tejas", ¿con cuántos lectores Carrasquilla?

contemporánea como conflicto—, mas contribuyeron a difundir su presunto anti-intelectualismo, al declararse ambos como *amateurs* y protestar de su incompetencia, por modestia conciente, en materia teórica. No se percataron quienes difundan el mito del genio innato que, justamente, su labor intelectual, crítica y creativa, procedía de una fuente rica y compleja de lecturas y, sobre todo, de una especial manera de procesarlas a favor de su vida artística. En fin, pese a la distancia de más de treinta años, ¿a quién se le escapa el paralelo de “Las observaciones sobre la novela contemporánea española” del canario con las “Homilías” ya comentadas?

El universo lector o el horizonte amplio de lecturas que compartían estos autores, ofrece una materia inexplorada y de sugerentes alcances. Galdós fue lector de Balzac, a quien descubre en su viaje a París en 1867, de Dickens, de Flaubert, de Darwin, de Claude Bernard, quien da las bases del naturalismo zoliano, es decir, expresiones, literaria y científica, de la clase madia en ascenso, de la burguesía triunfante. Complementó estas lecturas europeas, con la atención a la literatura novelística que lo precedía, al pintoresquismo andaluz de Fernán Caballero y al regionalismo estrecho y estático de Pereda, valorados con generosidad y hasta indulgencia, pero obteniendo de ellos savia para su mucho más frondoso árbol narrativo. Es decir, Pérez Galdós sacó provecho de la miopía de sus predecesores y elevó a tipos universales, transfiguró los modelos tomados al natural, proyectando un ciclo novelístico realístico que va de *Doña Perfecta* y *La Desheredada*, pasando por *Fortunata y Jacinta*, hasta *Misericordia*, a partir de cuya obra gira hacia una fase de inédito casi-surrealismo.

Carraquilla, por su parte, leyó a autores similares. Y leyó además, entre otros, conforme registro de lecturas de la mencionada Biblioteca El Tercer Piso, babilónico-antioqueña, a libros y autores tan diversos, como: *Madrid por fuera* de Antonio de Trueba, *Nuestras costumbres literarias* de E. Caro, *Nazarín* de Pérez Galdós, *Mis prisiones* de Silvio Pellico, *Los aparecidos* de Enrique Ibsen, *Cosmópolis* de Paul Bourget, *José y La fe* de Armando Palacio Valdés, *En el Cáusaco* de León Tolstoi, *Ideas sobre el rostro y el lenguaje* e *Impresiones de América* de H. Giner de los Ríos, *Colón* de Merimé y *La gitana y Bajo la Parra* de Salvador Rueda, aparte de la infaltable “La España Moderna (Revista Ibero-Americana)”.²³ La heteroge-

23 Tomado de los registros de lectura arriba citados de 1894, 1895 y 1896 que reposan en la Biblioteca de El Tercer Piso, en Santo Domingo (Antioquia). Desafortunadamente faltan los otros. Con todo, un análisis de los catálogos existentes, pueden aportar nuevos datos, así sea de forma conjetural.

neidad de lecturas delata un espíritu voraz, pero sobre todo una curiosidad cosmopolita, una necesidad de adentrarse en diversos géneros y materias de literatura, historia, viajes, biografías, que nutren su obra narrativa. La vasta cultura literaria pone en tela de juicio la predilección provinciana de contemplarlo como un iluminado de campanario. Pero sobre todo es un argumento más a favor de su atención crítica a la experiencia universal, al ascenso y consolidación –pero también crisis, anunciada por el nihilismo nietzscheano– de la burguesía antioqueña en sus fases de acumulación originaria de capitales. Es una lástima que la historiografía antioqueña, tan fértil en otros campos, haya dejado de aprovechar el material novelístico de Carrasquilla para ampliar su horizonte interpretativo.

El ponderar la inevitable experiencia universal con la más lenta, pero igualmente inevitable, marcha de la civilización industrial y sus efectos en su Antioquia que rozaba esta experiencia, fue su gran acierto. Fue Carrasquilla el observador de la “escena contemporánea”. Fue, sin duda, esta perspectiva la que lo libró del estrecho regionalismo a lo Pereda y que lo salva del anacronismo melifluo en que la beatería antioqueña –empezando por Fernando González– quiere encarcelarlo. La modernidad política que se abre a España con las invasiones napoleónicas –cuyos avatares narró Galdós en la primera serie de sus *Episodios Nacionales*, de la mano del pícaro redimido Gabriel Araceli–, se abre en Colombia en la Independencia y sus consecuencias. La Antioquia de Justo Berrío, que sirve de telón de fondo de *Hace Tiempos*, encuentra en el *alter ego* de Carrasquilla, Eloy Gamboa, la figura que encarna la modernidad republicana. En estos héroes literarios –como en el anterior del *Periquillo Sarniento* del mexicano Fernández de Lizardi– el fondo de la tradición barroca del “pícaro estoico” quevediano toca a su fin. La línea que separa una época de otra no es nítida y sobre la nueva aurora se cierne la reacción clerical, el carlismo, los fanatismos revividos del *Ancien Régime* que se resisten a desaparecer (la *Doña Perfecta* galdosiana es la Quiteria de Rebolledo de Quintana carrasquillesca, el Burundún-Burundá zalamediano o la Mama Grande garciamarquiana) y que, una y otra vez, cruzan la historia –en España hasta la Guerra Civil y el franquismo–, en Colombia por concluir...

El escrito “Herejías” de Carrasquilla, por último, es una denodada defensa de la novela *Tierra Virgen* del antioqueño Eduardo Zuleta. En esta nota, Carrasquilla afirma su credo estético y se identifica con una forma narrativa afín a su recién publicada *Frutos de mi tierra*, igualmente objeto de

críticas e incomprendiciones. Defendiendo a Zuleta se defendía Carrasquilla, indirectamente, a sí mismo y postulaba o, mejor, explicitaba los postulados críticos que sostenían su narrativa.

La novela es el género literario por excelencia, “la manifestación suprema de la facultad humana”. La novela exige ciencia y sentimiento; “...abraza a la humanidad en conjunto”. La novela sintetiza la historia, la biografía y eleva el héroe a tipo humano. La novela, que se toma como medio de entretenimiento, es si se quiere, como lo dice Edmundo Goucourt, “estudio”, “documento humano”, “epopeya” moderna.

“Tierra virgen” satisface estos principios. Es novela de penetración psicológica, más que descripción. Es falso que sea inconexa, pues el pivote es Manuelito. Menciona realizaciones universales que comparten esta nota característica. Pero, lo más destacable de ella es el “tono en que está escrita”.

En efecto: dar con la manera de reproducir con la pluma escenas y episodios tan comunes; sostener un volumen con hechos vulgares, que no arrancan lágrimas y carcajadas; en que no se cuenta ni con la nota cómica ni con la dramática; tratar asuntos de esta clase sin trivialidad, sin humorismo y sin gracejo de gusto dudosos; no incurrir en sublimidades ni en chabacanerías impertinentes, son partes que requieren el aplomo, la sangre fría, el amor a la verdad de un verdadero artista (Carrasquilla, 1952, 1998).²⁴

Carrasquilla pasa a hacer un juicio análisis de la obra, casi académico, sobre un horizonte de una vasta cultura novelística. Trae a colación a Dickens, Tolstoi, Palacio Valdés, Pardo Bazán, Jorge Isaacs, para concluir.

Y es natural que a nuestro público no le guste la obra de Zuleta. Si se exceptúan unos cuantos, estamos todavía por el novelón espantable, sensiblero, de gentes, de tramas milagrosas, a lo Pérez Escrich,²⁵ o por la novela costumbrista de perendengues y de colores chillones, que haga reír a carcajadas. Por lo mismo, no pueden agradar las medias tintas, el tono gris, la sencillez casi bíblica de la novela de Zuleta (2007).

24 Habría que anotar que en las Actas de “El Tercer Piso”, ya muy temprano, se indica que “en ningún modo” se adquieran obras de Pérez Escrich y de otros autores “[...] condenados por el buen gusto”.

25 Desde las primeras sesiones de la Sociedad de El Tercer Piso, se estipula expresamente no adquirir obras, entre otros de Pérez Escrich, por ser “...condenadas por el buen gusto”.

En resumen: *Tierra virgen* es un ejercicio de crítica que es a la vez una vindicación y auto-vindicación literaria. Una manera de poner puntos sobre las fes a la crítica miope e injusta; resaltar los méritos de una obra por su adecuación a una estética de la modernidad literaria y una explicación de un público sumido en gustos literarios dudosos. Ejemplo cumplido de un colega de oficio que, como el mismo Carrasquilla, resulta víctima de la maledicencia por retratar, sin excentricidades o falso folclorismo, la vida de la región, tomada al natural.

Bibliografía

Baldomero Sanín Cano. *Escritos*. Bogotá: Colcultura, 1977.

Carrasquilla, Tomás, *Obras Completas*, Madrid: EPESA, 1952

Friedrich, Hugo. *Estructura de la lírica moderna*. Seix Barral: Barcelona, 1956.

Muñón de Lara, Manuel, *España: La quiebra de 1898 (Costa y Unamuno, en la crisis de fin de siglo)*. Madrid: Sarpe, 1986.

Ortiz, Luis Javier. “Clérigos al banquillo de los ‘acusados y clérigos disidentes. Cruzada religiosa y guerra civil en Antioquia, 1870-1880’” (Inédito).

Pérez Galdós, Benito. *Las novelas de Torquemada*. Madrid: Alianza editorial, 1985.

Martínez, Jesús A. *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: CSIC, 1992.

Muñón de Lara, Manuel. *España: La quiebra de 1898 (Costa y Unamuno, en la crisis de fin de siglo)*. Madrid: Sarpe, 1986

Rama, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina Siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

Valera, Juan. *Cartas Americanas. Tomo III*. Madrid: Editorial Aguilar, 1947.

_____. *Ensayos de crítica literaria*. Barcelona: Península, 1999.